



Historia y Grafía
ISSN: 1405-0927
comiteeditorialhyg@gmail.com
Departamento de Historia
México

Mendiola, Alfonso
La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?
Historia y Grafía, núm. 24, 2005, pp. 93-122
Departamento de Historia
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922830004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

*La inestabilidad de lo real
en la ciencia de la historia:
¿argumentativa y/o narrativa?*

ALFONSO MENDIOLA
Departamento de Historia/UIA

RESUMEN

Este ensayo forma parte de una investigación sobre el giro historiográfico, momento en que el historiador, en tanto que productor de textos, de historia, se concibe a sí mismo como un ser histórico. Esto es, cuando la historia, en tanto que conocimiento, se sabe también parte de la historia: la historia de la escritura de la historia. Este hecho, situado en la década de los setenta, marca un cambio respecto a la autodescripción de la operación historiográfica del siglo XIX, pues muestra que el pasado construido por la investigación histórica no existe en sí mismo, sino por medio de un límite (o frontera) que se constituye con el presente. Pero este límite, que hace surgir algo así como el pasado, se revela a partir de la aplicación de un modelo teórico. Es decir, el pasado sólo aparece en tanto que pasado —en la historia— cuando el modelo teórico (o racionalidad) descubre sus límites para producir sentido: el pasado es lo que no se puede explicar desde el presente. La historia, desde el giro historiográfico, dejó de ser el estudio del pasado para convertirse en la crítica de la racionalidad de la sociedad actual.

*THE UNSTABLE REAL IN THE SCIENCE OF HISTORY:
ARGUMENTATIVE AND/OR NARRATIVE.*

*This essay is a part of an investigation of the historiographic turn of events,
where the historian, as a producer of historical texts, conceives himself as a*

historical being. In other words, when history, as knowledge, becomes aware that it is also a part of history: the history of writing about history. The 1970's discussion around this fact indicated a change in the self-descriptive quality of the 19th Century's historiographic operation, given that the past constructed by historic investigation it does not exist in and of itself, but within the limits (or boundaries) of the present. The application of a theoretical model reveals these limits which give rise to the past. Therefore, the past appears as past –in history– only when the theoretical model (or rationality) justifies its limits: the past is that which cannot be explained from the present. Since the historiographic turn of events, history ceased being the study of the past to become the criticism of the rationality of today's society.

Una de estas experiencias afirma que únicamente las teorías sociológicas muy abstractas y de construcción muy compleja pueden hacer hablar al material histórico. El camino que conduce hacia lo concreto exige desviarse hacia la abstracción.

Niklas Luhmann

DOS TIPOS DE NARRACIÓN: DE LA MORALEJA A LA CIENCIA

En la medida en que nuestra reflexión se sitúa en la historia, o aún mejor, desde la historia como un saber específico (y por eso distinto a otros), estamos obligados a regirnos por sus propios procedimientos de investigación. El primero y central es el que guía, y podríamos decir también que limita, nuestro ensayo. Esa operación específica, que permite diferenciar a la historia de otros saberes, es la de construir conceptos cuya pertinencia está determinada por dos factores: lo geográfico (lo espacial cualitativo) y lo temporal (las experiencias sociales del tiempo). Los conceptos de la disciplina moderna de la historia sólo son válidos cuando están circunscritos a una época y un lugar específico.¹ Por esto es

¹ Para profundizar en los conceptos indexicales de la historia se puede consultar a Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París, Nathan, 1991.

indispensable distinguir el concepto de narración construido por la filosofía (con pretensión de universalidad) del histórico (siempre particular). Nuestra tarea consistirá en diferenciar, dentro de la historia occidental del discurso histórico, el uso y la forma de la narración premoderna de la moderna. El objetivo de historizar esas formas de narrar nos obliga a partir de un postulado preciso (pues de otra manera sería imposible construir conceptos históricos de narrar): narrar –y lo mismo se podría decir de argumentar– es realizar una comunicación y no una percepción. La narración o argumentación contienen elementos empíricos (percepciones) en tanto que están contenidos en comunicaciones, esto es, en tanto que cada sociedad hace expresable lo empírico en sus tecnologías de la palabra. De estas dos premisas se infiere la tercera, probablemente la que caracteriza de manera más clara a la ciencia de la historia: si los conceptos históricos son válidos de manera limitada, y además se presentan en comunicaciones, podemos afirmar que la historia construye una realidad que sólo es tal para un observador, es decir, que el historiador habla de realidades que sólo son tales para una sociedad determinada.

Al pensar, desde la perspectiva de un oficio, la operación historiográfica actual, debemos precisar dos cosas: primera, a qué tipo de régimen de historicidad a que nos estamos refiriendo al preguntar por el estilo cognitivo de la historia y, segunda, cuál es la intencionalidad de narrar en el régimen de historicidad moderno.²

Como dijimos, la posibilidad de contestar la pregunta sobre la especificidad del estilo cognitivo de la historia exige precisar, de antemano, una serie de términos. Primero es necesario delimitar lo que se entiende por conocimiento de la ciencia histórica. El discurso histórico occidental ha existido básicamente, pues no exclusivamente, bajo dos registros distintos: uno, la historia en su

²Para profundizar en el concepto de regímenes de historicidad se puede consultar el excelente libro de Francois Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

forma de maestra de vida y, el otro, la historia como ciencia. La primera describe los acontecimientos como eventos “genéricos” o “ejemplares”, pues en ningún momento pretende dar cuenta de ellos en su contingencia y particularidad.³ Aquello que se caracteriza como historia, de la Antigüedad clásica a principios del siglo XVIII, comprende discursivamente los hechos al subsumirlos en relatos ya conocidos por la comunidad de sus lectores u oidores. No debe entenderse que, por estar enmarcados en esquemas narrativos ya previamente existentes, el contenido histórico sobreviva en el sentido actual de lo histórico, pues la forma del relato bajo el cual se cuenta constituye otra noción de hecho histórico. Para la historiografía premoderna, narrar más sí es comprender mejor, pues lo que se persigue no es comunicar información⁴ sino subsumirla en un saber compartido socialmente. Este tipo de historia tiene la finalidad de transmitir “experiencias de vida” (un saber moral) y no “información” (un saber científico) del evento.⁵ Debido a ello,

³ Si los atributos de contingencia y particularidad son los que convierten a los acontecimientos en eventos históricos para la ciencia histórica moderna, por lo tanto, ese tipo de discurso histórico, propio de la sociedad europea premoderna, carece de lo que nosotros entendemos por historicidad. Esto es importante tomarlo en cuenta, pues de otra manera sustancializamos (como si existiera independientemente de una forma de comunicación y de una experiencia del tiempo propia de una sociedad) el hecho histórico.

⁴ Toda comunicación tiene una parte que se puede denominar información (aquello de lo que se habla), pero aquí entendemos por información añadir novedad (más variación que redundancia) a lo que se cuenta. En este caso la distinción de John Austin, en su teoría de los actos de habla, entre enunciados performativos y constataivos nos ayuda más para entender el sentido de información. Desde el esquema conceptual de Austin, lo informativo son enunciados constataivos.

⁵ Esta distinción entre narrar e informar se encuentra desarrollada en el ensayo “El narrador” de Walter Benjamin. “El más temprano indicio del proceso cuya culminación es el ocaso de la narración, es el surgimiento de la novela a comienzos de la época moderna. Lo que distingue a la novela de la narración (y de lo épico en su sentido más estricto), es su dependencia esencial del libro. La amplia difusión de la novela sólo se hace posible gracias a la invención de la imprenta. Lo oralmente transmisible, el patrimonio de la épica, es de índole diferente a lo que hace a una novela. Al no provenir de, ni integrarse en la tradición oral, la novela se enfrenta a todas las otras formas de creación en prosa como pueden ser

los elementos singulares del acontecimiento (la información), en la historiografía premoderna, sean mínimos, pues su finalidad es la de transmitir enseñanzas morales y no particularidades del hecho histórico.⁶ Como se puede ver, narrar con la finalidad de comunicar moralejas es distinto a narrar con el objetivo de transmitir conocimiento, por eso, una de las primeras dificultades de contestar la pregunta del ensayo se encuentra en diferenciar históricamente las maneras de narrar. Construir un relato para moralizar es distinto a hacerlo con la pretensión de generar conocimiento.⁷

Por el contrario, la historia como ciencia describe el acontecimiento en su particularidad, esto es, como distinto y diferente a cualquier otro, pues da primacía a la variación sobre la redundancia. Dentro del discurso histórico moderno los eventos a) se representan como singulares; b) esa singularidad debe tener el atributo de inesperada y contingente y, c) someter la representación a criterios de verdad. Mientras que la narración en la historia maestra de vida es ajena a la noción de verdad moderna (ya que para ella el régimen de verdad era otro, pues para ella la verdad es sinónimo de sabiduría), en cambio la historia en su forma actual

la fábula, la leyenda e, incluso, el cuento. Pero sobre todo, se enfrenta al narrar. El narrador toma lo que narra de la experiencia; la suya propia o la transmitida. El novelista, por su parte, se ha segregado". Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, tr. d Roberto Blatt, Madrid, Taurus, 1991, p. 115. Esta distinción de Benjamin entre narrar e informar tiene como criterio de diferenciación el paso de lo oral a lo impreso. ¿En qué medida la ciencia moderna de la historia (productora de particularidades en lo narrado, esto es, de novedad) depende de la consolidación del libro impreso? Este uso del concepto de narración de Benjamin se encuentra en Karlheinz Stierle, "Experiencia y forma narrativa. Anotaciones sobre su interdependencia en la ficción y en la historiografía", en Silvia Pappé (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-Azcapotzalco/UIA, 2000.

⁶Son dos formas distintas de representar los eventos sociales, pues de otra manera estaríamos ontologizando la representación que hace la historia moderna de los fenómenos sociales.

⁷"El arte de narrar se aproxima a su fin, porque el aspecto épico de la verdad, es decir, la sabiduría, se está extinguiendo". Walter Benjamin, *Para una crítica...*, *op. cit.*, p. 115.

debe producir un conocimiento de la particularidad del hecho, pero sujeto a pretensiones de verdad. Debido a ello, la forma de narrar en esta clase de operación historiográfica esté orientada prioritariamente a la generación de información (conocimiento) más que a la moralización de las acciones de los personajes. Esta transformación en la manera de narrar expresa una experiencia del tiempo propia de la sociedad moderna.

Si se asume que por esta razón [informar más que moralizar] también el tiempo mismo debería volverse más complejo –dice Luhmann al referirse a la ciencia histórica moderna-, es decir más temporal, más objetivable y reflexivo, entonces el historicismo de nuestra sociedad moderna puede ser designado como un reflejo de su futuro. [Por eso] hoy podemos formularla [la historia] de manera que ya no esté ligada a una comprensión lineal-teológica del futuro. [Y por ello vale] la pena [a partir del régimen de historicidad moderno] tener una historia, pues definirá condiciones de posibilidad, pero no tendrá una meta.⁸

Esta función del futuro en el régimen de historicidad moderno (el historicismo del XIX) es uno de los factores que nos permite distinguir las formas de narración, pues la historia maestra de vida estaba estructurada en función del pasado.⁹

Por un lado, es necesario preguntarse si la historia como saber con pretensión de ciencia se puede explicar por medio, exclusivamente, del uso de la narración, o si este tipo cognitivo se construye con algo más que narración. Recordemos que el problema con el que nos enfrentamos es que la noción de narración que ha construido la semiótica y las filosofías del lenguaje es profundamente ahistórica (filosófica). Al grado que después de los trabajos de Ri-

⁸ Niklas Luhmann, “Tiempo universal e historia de los sistemas”, en Pappe (coord.), *Debates recientes en la ...*, *op.cit.*, p. 423-4.

⁹ Lo que Arthur C. Danto llama el fin de las filosofías sustantivas de la historia.

coeur, uno podría decir que la capacidad de narrar es una invariante antropológica. Si como dice Michel de Certeau,

Es abstracta, en historia, toda “doctrina” que rechaza su relación con la sociedad. [Pues de esa manera] La doctrina niega la razón por la cual se elaboró. Por lo tanto, sufre los efectos de distorsión debido a la eliminación de aquello que efectivamente la sitúa sin que lo diga o lo sepa: un poder que tiene su lógica; un lugar que subtiende y “tiene” a una disciplina en el despliegue de sus obras sucesivas. El discurso “científico” que *no hablara* de su relación al “cuerpo” social no sabría articular una práctica. Dejaría de ser científico. Cuestión central para el historiador. Pues esta relación al cuerpo social es precisamente el objeto de la historia. La historia no podría ser tratada sin problematizar también el discurso historiográfico mismo.¹⁰

Podemos decir que el concepto de narración filosófico es abstracto, pues oculta su relación al cuerpo social. En cambio, la historia está obligada, en tanto que historia, a diluir esa invariante antropológica, con el objetivo de remitir estilos narrativos a cuerpos sociales determinados.

Si era indispensable precisar a qué régimen de historicidad nos íbamos a referir: la historia en su figura moderna, también es necesario explicar qué vamos a entender por la distinción argumentación en oposición a narración.¹¹ Primero debemos aceptar que después de los sesenta la oposición entre ambas no es nada clara, pues ya Danto mostró que –al criticar la postura de Hem-

¹⁰ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard (Collection Folio/Histoire), 2002, p. 85. (Las traducciones son mías). (Hay traducción al español: *La escritura de la historia*, tr. Jorge López Moctezuma, México, UIA-Departamento de Historia, 1999).

¹¹ En el siguiente apartado se desarrollan los dos conceptos, aquí sólo se hace una pequeña distinción. Como se puede ver, nosotros estamos entendiendo por argumentación una forma de narrar históricamente determinada, que tiene por intencionalidad producir información más que sabiduría.

pel— narrar es una manera particular de argumentar. Por ello es necesario seguir como recurso heurístico la siguiente distinción: argumentar significa someter la explicación/comprensión de un fenómeno a una teoría o modelo constituido en el presente. Al asumir este sentido de argumentación, la cuestión a tratar es si la historia, en tanto que ciencia, genera su conocimiento —en la actualidad— por medio de la aplicación de teorías, o sí es ajena a ellas.¹² En segundo lugar, en oposición a la argumentación, por narración entiendo un tipo de explicación-comprensión que no se formula a partir de teorías.¹³ No pretendo que esta distinción se entienda en el sentido de que los modelos explican por medio del esquema de “causalidad” (ciencias nomológicas-deductivas: argumentación) y la narración por medio de esquemas de “interpretación” (ciencias hermenéuticas: construcción de intrigas). Porque en términos ontológicos esa posición nos lleva a la distinción entre movimiento mecánico (causalidad) y acción intencional (interpretación). Lo que de antemano la haría inadecuada para la historia. Por eso, prefiero subsumir teoría a la noción de modelo,¹⁴ con lo que la pregunta se transforma en ¿la operación historiográfica actual utiliza algún tipo de modelo para comprender los hechos pasados? En el campo de los modelos habría dos extremos: en uno de ellos, los modelos sin

¹² Más adelante explicaré que entiendo por teoría.

¹³ Pensamos que Hempel tiene razón cuando afirma que el sentido común interviene en la construcción de los relatos, por ello es difícil dejar de explicar el pasado como se explica el presente sin recurrir a teorías.

¹⁴ La noción de modelo destaca un realismo analítico, esto es, que el modelo es una construcción hecha por un observador externo. Luhmann sugiere la siguiente crítica al concepto de modelo. “De manera global se podría decir que en esa época la ciencia o los científicos piensan en un observador externo dotado de capacidad cognitiva. La manera en que se representa a este observador externo es la de un sujeto (individual o grupal), o la de una red de investigación, colocados fuera del sistema que observan. Desde fuera pueden decidir qué aspectos del sistema se deben tomar en cuenta y cuáles habrá que dejar de lado.” Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas. Lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*, 1º. Reimpresión, México, UIA/ITESO, 2002, p. 71. Nosotros seguiremos utilizando la categoría de modelo, pues es el término que usa Michel de Certeau en la *Operación historiográfica*.

referencia a lo empírico (las matemáticas puras o la lógica) y, en el otro, los modelos con referencia a lo empírico (las teorías sociales).¹⁵ La historia se encontraría más del lado de los últimos.

LA DISTINCIÓN NARRACIÓN-MORALIZACIÓN Y NARRACIÓN-INFORMACIÓN

La narración como emisión textual ha sido estudiada, principalmente, por la filosofía y las ciencias del lenguaje contemporáneas. Dentro de la filosofía es la tradición analítica la que más se ha interesado por su estudio y, el aspecto bajo el cual la ha estudiado, es *el cognitivo*. Mientras que dentro de las ciencias del lenguaje, la lingüística estructural y, principalmente la semiología, se han orientado al estudio de la narración desde su aspecto “literario o estético”.

Para empezar precisemos a que nos referimos con narración. Dicho de otra manera, ¿qué comunicación no es narrativa? Hay dos maneras de delimitar el concepto de narración: una consiste en distinguir narración de descripción y, la otra, en distinguir narración de explicación. Por el hecho de que la primera y la segunda distinción no son homólogas se esperaría que trabajáramos con las dos al mismo tiempo; sin embargo, para este ensayo seguiremos la segunda distinción: a) ya que la reflexión actual ha demostrado que la narración es una forma de explicación débil (de sentido común), lo que dificulta seguir sosteniendo su oposición a la explicación, por ello nosotros distinguiremos entre explicación de sentido común (narración) y explicación sustentada en un modelo teórico (argumentación) y, b) porque el uso de modelos explicita la relación inestable entre presente (modelo racional) y pasado (la resistencia al modelo), mientras que la narración oculta la distancia

¹⁵ Para profundizar en la distinción entre narración y modelo se puede consultar Jean-Yves Grenier, Claude Grignon, Pierre-Michel Menger (bajo su dirección), *La modèle et le récit*, París, Éditions de la Maison des sciences de l’homme, 2001.

existente entre el lugar desde donde se escribe la historia y su objeto (el pasado).¹⁶ Por lo tanto, lo que queda fuera de la narración es el uso de modelos altamente formalizados, es decir, el sistema social moderno¹⁷ puede narrar el pasado (narración-moralización) o revelar los límites entre el modelo como un tipo de racionalidad y su aplicación al pasado (narración-información).¹⁸ Aunque no debemos olvidar que tanto la historiografía como la filosofía del lenguaje durante gran parte del siglo xx opusieron explicación a narración. Basta con recordar la crítica de Lucien Febvre a la “escuela metódica” francesa para darnos cuenta que se fundaba en esa oposición.¹⁹ Como representante de la escuela de los *Annales*, Febvre se oponía a la historia narrativa proponiendo una explicativa, lo que más adelante se llamará historia-problema. Y, de la misma manera, la filosofía del lenguaje en sus inicios oponía narrar a explicar. Ella decía: el lenguaje cotidiano narra mientras que el lenguaje especializado explica. Ambas posturas han sido criticadas, la primera por

¹⁶ ¿Hasta dónde la historia ciencia se entiende más como explicación que cómo narración? ¿En qué medida la concepción del futuro como novedad, propia de la modernidad, permite una mayor objetivación del pasado? Esto es, la relación de ruptura entre tradición y explicación del presente convierte a la historia en un saber que trabaja en la recreación constante de los límites entre presente y pasado.

¹⁷ El que narra o explica es el sistema social y no el sistema psíquico. Las teorías de la comunicación implícitas de la filosofía analítica y del estructuralismo parten de la conciencia como soporte de la comunicación y, por ello, la caracterizan como transmisión de una conciencia a otra.

¹⁸ “En tanto que semióticos, constatamos que los relatos no pueden pasar sin un mínimo de escenografía y de actores: los acontecimientos (serie temporal de la narración) tienen necesidad del espacio (serie espacial que retendrá nuestra atención). En otras palabras, la descripción parece tener por función esencial la de permitir al relato asegurar su funcionamiento referencial”. Jean-Michel Adam y André Petijean, *Le texte descriptif*, París, Nathan, 1989, p. 4.

¹⁹ Una presentación del debate de *Annales* contra la “escuela metódica” se puede leer en Christian Delacroix, “Le moment de l’histoire-science sociale (des années 1920 aux années 1940)”, en el libro de Christian Delacroix, Francois Dosse y Patrick García, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècle*, París, Armand Colin, 1999.

Paul Ricoeur²⁰ y, la segunda, por Hempel.²¹ Por ello, nosotros nos referimos a la operación historiográfica tematizada por Michel de Certeau, es decir, a la que se ejemplifica de manera especial en los trabajos de historia abiertos por el otro Michel: Foucault.

Para poder aplicar operativamente lo narrativo a un texto cualquiera no basta con distinguirlo de la argumentación, sino que es necesario precisar más lo que estamos entendiendo por medio de la distinción. Desde el estilo cognitivo (escoger narrar o explicar) es clara la distinción que hemos planteado, pero no desde la aquello de lo que se habla (autorreferencia o heterorreferencia). La narración nos habla de “acciones”²² y la explicación de “experiencias” (o vivencias); la primera atribuye lo que cuenta a la autorreferencia de un sistema (el sistema), mientras que la segunda a la heterorreferencia de un sistema (el entorno). La enunciación narrativa se refiere a acciones que son comprendidas desde una “interioridad infinita”,²³ mientras que la enunciación argumentativa se refiere a aspectos de una realidad (entorno) que son independientes de la acción. No existe relato sin explicación (aunque sea de sentido común), pues

²⁰ Ver Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, t. I, tr. Agustón Neira, México, Siglo XXI, 1995.

²¹ Ver Carl G. Hempel, “La función de las leyes generales de la historia”, en *La explicación científica. Estudios sobre filosofía de la ciencia*, tr. Barcelona, Paidós, 1988.

²² Paul Ricoeur, en su crítica a la reducción lógica de la narración de Greimas, defiende que el relato es una semántica de la acción. Paul Ricoeur, “La grammaire narrative de Greimas (1980)”, en *Lectures 2. La contrée des philosophes*, París, Seuil, 1999.

²³ Narrar es adjudicar interioridad para comprender el estado del sistema. “Toda comprensión tiene que ver con situaciones circulares, con situaciones que en sí mismas remiten a sí mismas. Esto vale para textos y para personas. De ahí que toda comprensión afecte a una infinitud interior. Se puede ir eternamente en pos de la autorreferencia interna porque siempre vuelve sobre sí misma. Para expresarlo en terminología clásica, se remite de la parte al todo y del todo a la parte, de la una a la otra y de vuelta a sí misma. Éste es el punto de partida de toda teoría de la comprensión”. Niklas Luhmann, “Los sistemas comprenden a los sistemas”, en Niklas Luhmann, *Teoría de la sociedad y pedagogía*, tr. Carlos Fortea, Barcelona, Paidós, 1996, p. 93.

toda acción se inscribe en reglas sociales de comportamiento. Sin embargo, la historia moderna argumenta en la medida en que está obligada a incluir el futuro en su representación del pasado. Un futuro como novedad o variación. Esto hace que la narración-información genere un distanciamiento con el pasado.

Lo anterior nos muestra que podrían diseñarse dos programas de investigación a partir del estudio de las formas de comunicación, es decir, en función de las estructuras de los discursos. El primero consistiría en analizar las maneras de *argumentar* en las distintas épocas de la historia, lo que nos permitiría hacer una historia de las formas de racionalidad, y, el segundo, se concentraría en el estudio de las formas de *narrar* a lo largo de la historia, lo que nos ayudaría a comprender las semánticas históricas con las que se entiende el actuar en cada sociedad.

Hagamos una aclaración más. Debe quedar claro que es posible explicar acciones, pero cuando se hace tal cosa, el sistema no usa la empatía para dar cuenta de los motivos de la acción. Esto es, el sistema observador describe la acción sin usar la circularidad de la comprensión y, en consecuencia, la representa al modo de una conducta (como una “caja negra”), y no de una acción. En cambio, cuando nos referimos a la notificación narrativa de una acción estamos entendiendo que la representa atribuyéndole motivos “internos”, pues se tematiza desde una supuesta interioridad (empatía o proyección). Por lo tanto, cuando hablemos de narrativa nos referimos a la comprensión de la conducta mediante la adjudicación de motivos y fines. Dicho de otra manera, se lleva a cabo una observación narrativa de la acción cuando ésta se basa en la distinción medio/fin. En cambio, se lleva a cabo una observación descriptiva de la acción cuando se basa en la distinción estímulo/respuesta.

La acción como acontecimiento interconectable, como elemento constituido de la reproducción *del y dentro* del sistema de acción es –en primer término– una unidad de identidad y diferencia, es

decir, una unidad atribuible a un actor que tiene ubicación temporal determinada. La desagregación de la acción en fin y medio, parece ser una cierta interpretación de esta condición fundamental. La diferencia se articula como *diferencia* de fin y medio y se practica, *simultáneamente*, como *unidad* de acción.²⁴

Hay modos de observar las acciones y éstos dependen del observador. Una misma acción puede ser atribuida al actor (ser interpretada como decisión libre) o al contexto (ser interpretada como necesaria). Por lo tanto, no hay nada en la acción que determine al observador cómo la deba interpretar: como libertad o necesidad. Cuando el intérprete adjudica interioridad a la acción se coloca del lado de la libertad, mientras que cuando esa misma acción la explica por el contexto, entonces se coloca del lado de la necesidad. Por ejemplo, cuando se dice, *x* sujeto hizo *y* cosa por una decisión propia se sostiene que actuó libremente; en cambio, cuando esa misma acción se explica atribuyéndola al entorno entonces se sostiene que actuó de manera necesaria. Para concluir, la explicación por los motivos se fundamenta en lo incondicionado de la acción (la infinitud interior: empatía): el acto volitivo va unido al de libertad;²⁵ mientras que la explicación por el entorno se basa en lo condicionado de la acción: el acto volitivo va unido a la necesidad. Siempre que se “explica usando modelos” una acción se opta por la explicación objetivante

²⁴ Niklas Luhmann, *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*, tr. Darío Rogríguez Mansilla, Barcelona, UIA/Anthropos, 1997, p. 113.

²⁵ La explicación kantiana de la acción moral distingue entre voluntad y libertad. Hay una voluntad no-libre y una voluntad libre: “Ahora bien, el caso es que en los hombres la razón *no determina indefectiblemente* a la voluntad, de modo que las acciones conocidas como objetivamente necesarias lo fuesen también subjetivamente. No: la razón, por sí sola no determina suficientemente a la voluntad; esta se haya sometida también a condiciones subjetivas (ciertos resortes, dice Kant) “que no siempre coinciden con las objetivas”. En una palabra, “la voluntad no es *en sí* plenamente conforme con la razón”. María Elvira Martínez Acuña, *La articulación de los principios en el sistema crítico kantiano. Concordancia y finalidad*, Pamplona, EUNSA, 1996, pp. 213-4.

o distanciada (narración-información), mientras que cuando se opta por la “narración”, de esa misma acción, se elige comprenderla por la libertad (narración-moraleja). La historia ciencia no utiliza la explicación como expresión de lo incondicionado de la acción (libertad), pues ella representa la acción como condicionada. La historia moderna a diferencia de la premoderna, comprende la acción más allá de la disyuntiva libertad-determinismo, pues para ella la acción es siempre acción situada. Ésta es una de las razones por las que a la historia ciencia no le basta con narrar, esto es, con la verdad como sabiduría (moralización).

En consecuencia, cuando “explico por medio de modelos” una acción pretendo subsumirla en sus determinaciones estructurales, a diferencia de lo que se hace cuando se “narra”, ya que en este caso la acción se representa como incondicionada. La incondicionalidad de la acción es lo que llama Benjamin la verdad épica, la cual está basada en la oralidad. Esta incondicionalidad del acto que introduce la “narración” define una de las características centrales de todo relato: que éste nos ofrece disyuntivas, esto es, que en el momento en que el oyente lo escucha no sabe en que va a terminar. El acto de contar algo a alguien, implica que hayan disyuntivas en cada episodio, esto motiva el interrogarse constantemente por lo que sigue, pues esto no está, de ninguna manera, determinado de antemano. Lo específico de la estructura narrativa es que siempre está abriendo posibilidades de alternativas a la acción. Hacer esta distinción entre narración (narración-moralización) y argumentación (narración-información) tiene como objetivo dejar de utilizar la noción de narración de una manera laxa. Y, por medio de ella, subsumir la tradición filosófica clásica en torno a la acción, al vincular libertad con narración y determinismo con explicación.²⁶ Consideramos que la historia en su figura moderna da menos espacio a una moralización de la acción, pues lo que busca es entender

²⁶ Ver Carmen Innerarity, *Teoría kantiana de la acción. La fundamentación trascendental de la moralidad*, Pamplona, EUNSA, 1995.

la acción en función del espacio (cultural/material) en el que se da (la acción como sistema).

Todo lo anterior tiene el objetivo de aproximarnos a la alternativa narración o/y argumentación desde el siguiente pasaje de Michel de Certeau.²⁷

Sus métodos [se refiere a los de la historia] no consisten más, en efecto, en procurar objetos “auténticos” al conocimiento; su función social no es más (a no ser en la literatura especular llamada de vulgarización) el proveer a la sociedad representaciones globales de su génesis. La historia no ocupa más, como en el siglo XIX, ese lugar *central* organizado por una epistemología que, al perder la realidad como sustancia ontológica, buscaba reencontrarla como fuerza histórica, *Zeitgeist* y devenir oculto en el interior del cuerpo social. Ella no tiene más la función totalizante que consistía en remplazar a la filosofía en su papel de decir el sentido.

Ella interviene [se refiere a la actualidad] bajo el modo de una experimentación crítica de los modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales. (...) La historia se convierte en *un lugar de “control”*. Ahí se ejerce una *“función de falsabilismo”*. Ahí pueden hacerse evidentes los límites de significabilidad relativos a los “modelos” que son “ensayados” cada vez por la historia en campos ajenos a los de su elaboración.²⁸

LA FUNCIÓN DE LA ARGUMENTACIÓN (MODELO) EN LA OPERACIÓN HISTORIOGRÁFICA

El primer aspecto que hay que destacar del fragmento anterior es el siguiente: la historiografía actual es distinta a la del siglo XIX. Esta última cumplió, en su momento, la tarea de sustituir a la filosofía

²⁷ Agradezco a Norma Durán haber llamado mi atención con la cita de Michel de Certeau que guía este ensayo.

²⁸ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, *op. cit.*, p. 110-1. Las cursivas son mías.

como un saber que revelaba el sentido de la vida humana. Tal sustitución se llevó a cabo cuando la concepción de la realidad como sustancia ontológica (la realidad independiente del observador) se vino abajo. Por esa razón (el fin de la metafísica), la historia la sustituyó al producir imágenes globales de los orígenes de la sociedad. En cambio, la práctica historiográfica contemporánea ya no tiene la tarea de dotar de sentido a la vida humana por medio de grandes relatos. A partir de la década de los sesenta, ella trabaja poniendo a prueba las formas de racionalidad elaboradas en el presente (los modelos) al confrontarlas con eventos sociales para los cuales no estaban hechas. Y las pone a prueba al tratar de explicar, por medio de ellos, los eventos del pasado. Se puede afirmar que la historia es un laboratorio en donde se muestran los límites de nuestra racionalidad, esto destaca lo que evita: la comprensión por empatía.

En la actualidad este cambio, en el quehacer de la historia, se conoce como “giro historiográfico”. De alguna manera, el historiador ha quedado incluido en su propia investigación del pasado. Esta inclusión se basa en la siguiente tesis: toda descripción de la realidad es descripción de un observador, esto es, no hay realidad en sí (metafísica). Para la historia esto significa que no existe el pasado como “sustancia ontológica”. El pasado es una frontera –inestable– en la articulación del tiempo. Para evitar confusiones es indispensable aclarar lo siguiente: el historiador no es incluido en el proceso de investigación en el sentido biográfico, sino en cuanto a los procedimientos que realiza en tanto que forma parte de una comunidad científica. Este momento reflexivo de la ciencia de la historia consiste en reintroducir al interior de ella la diferencia que la constituye: la historia como ciencia del pasado, dicho en otros términos, ciencia de la historia/pasado. Esta distinción, durante el siglo XIX y gran parte del XX, se entendía como la separación de un adentro (el acto cognitivo de la historia) y un afuera (el pasado como objeto de estudio). Según lo que plantea de Certeau, la distinción se reproduce en uno de sus lados (la ciencia de la historia), esto es, el pasado se convierte en el resultado de un proceso cognitivo, y

no en algo que existe fuera de él. Al reintroducirse de la distinción en la propia operación historiográfica favorece el trabajo reflexivo, pues el historiador asume su propia historicidad. La historización de la propia historia se refiere a que el historiador realiza su investigación, y posteriormente, su representación escriturística del pasado, desde el presente. El presente existe en la investigación histórica de varias maneras, y una de ellas es en la forma de modelos (teorías, formalizaciones, racionalidades, etcétera) que hacen posible la construcción del pasado, por ello, el pasado es, y sólo es, en referencia al presente que lo hace visible (pensable). Además, el pasado, en tanto que una forma de vida “diferente” a la del presente, sólo se muestra por medio de la operación que se realiza al aplicar los modelos, constituidos en el presente, a ese mundo.²⁹ Dicho de manera más clara, el pasado –en la historiografía actual– no es algo que nos sea dado por los “documentos”, sino el resultado de aplicarles los modelos formales de sentido. El pasado es la frontera que surge cuando el modelo debe llevarse hasta su límite para volver pensable algo para lo que él no fue hecho.

Esta diferencia entre la función de la historia en el siglo XIX y la actualidad, permite mostrar los dos registros de lo “real” en que se mueve la investigación a partir de los años sesenta. Dos registros que se encuentran entrecruzados, pues deben ser vistos no como oposición sino como unidad. Aunque esta unidad sea siempre “inestable”. En los inicios de la historiografía científica estos dos tipos de realidad existían en oposición (la distinción entre adentro –la historia como saber– y afuera –el pasado– que se expresaba en la ruptura entre un pasado en sí y un presente en sí), mientras que en la actualidad se presentan como la unidad de la distinción, esto significa que no existen uno sin el otro³⁰:

²⁹ Debe quedar claro que el pasado no existe, en tanto que diferente, antes de aplicar los modelos de racionalidad. Dicho de otra manera, el pasado –para la ciencia de la historia– es aquello que se resiste al modelo. El pasado sólo es lo que resiste al modelo teórico actual.

³⁰ No me refiero a su existencia como momentos del tiempo, sino a su existencia

Este funcionamiento puede describirse, a modo de ejemplo, por medio de dos de sus momentos esenciales: uno dirige atentamente su mirada a la tarea de hacer un reporte de lo real bajo la forma del *hecho histórico*; el otro, usa “modelos” recibidos y de esta manera crea la relación de la historia con una razón contemporánea. Además estos momentos implican, el primero, la organización interna de los recorridos históricos; el otro, su articulación en campos científicos diferentes.³¹

El siglo XIX los pensó como realidades que se constituían de maneras separadas: el pasado era dado en tanto que hecho histórico y, por otro lado, los procedimientos cognitivos no influían en la descripción de los hechos. Las operaciones cognitivas no afectaban a los hechos, pues sólo se los apropiaban. Aún más, su objetivo era mostrarlos en su objetividad. El problema central de la epistemología de la historia era el de la objetividad de su conocimiento. Para de Certeau la objetividad, vista de esa manera, dejó de ser el tema central de la operación historiográfica:

No es sorprendente que lo que se juega aquí es otra cosa que la suerte o las posibilidades de una “ciencia objetiva”. En la medida en que nuestra relación con el lenguaje es siempre una relación con la muerte, el discurso histórico es la relación privilegiada de una “ciencia del sujeto” y del sujeto “aprehendido en una división constituyente” –pero con una puesta en escena de las relaciones que un *cuero* social mantiene con su *lenguaje*.³²

Para el giro historiográfico, el pasado y los modelos de inteligibilidad sólo son posibles como la *unidad de una diferencia*, esto es, no existe uno sin los otros. Sólo hay pasado porque se construye como límite del sentido que puede ofrecer el modelo. Lo específico

dentro del conocimiento histórico.

³¹ De Certeau, *L'écriture de l'histoire, op. cit.*, p. 111.

³² *Ibid.*, p. 142.

de la historia hoy es observar la unidad de la distinción, y no una (el pasado) y luego la otra (el discurso histórico). El gran logro de la ciencia de la historia reflexiva es la de mostrar su unidad como diferencia. Esto significa pensar la historia dentro de la historia. Jaen-Claude Schmitt comenta con gran claridad la propuesta de Michel de Certeau:

“la escritura de la historia” emerge de la relación inestable que el historiador mantiene *simultáneamente* con dos formas de lo “real”: la de lo ya sucedido, que le es accesible bajo forma de huellas por los documentos, y la de su propio presente de historiador, esto es, el lugar que ocupa en la sociedad y en la cultura de su tiempo. Porque esta doble relación es inestable, el historiador puede estar tentado de privilegiar un término más bien que el otro, un tipo de historia más bien que otra. Pero nunca la escritura de la historia escapa realmente a esta tensión...³³

Es importante destacar el término *simultáneamente*, pues si la referencia es el resultado de una operación de observación, y ésta se realiza mediante la indicación de un lado de la distinción, entonces en la observación de primer orden no se observa la unidad de la distinción, sino uno de los lados. En cambio, en la observación de segundo orden es posible observar los dos lados simultáneamente, esto es, observar la unidad de la distinción. La historia en la actualidad se ha vuelto, necesariamente, historia de segundo orden. La historia como saber se observa a sí misma en su práctica de investigación. Esto es lo que expresa, según Luhmann, el cierre operativo de un sistema, en este caso de la historia. De esta manera podemos suponer que el proceso de autonomización de la historia (su separación de la teología, de la filosofía, de la formas

³³ Jean-Claude Schmitt, *La conversión d'Hermann le Juif. Autobiographie, histoire et fiction*, París, Seuil (Collection La librairie du XXIe siècle), 2003, p. 48. Las cursivas son mías.

sustantivas del pasado, etcétera) se logró con el giro historiográfico. En la década de los sesenta, la historiografía alcanzó su “clausura cognitiva”, y no sólo la “operativa” que ya había sido conquistada en el siglo XIX.

Nosotros podemos reformular esta afirmación en cuanto quede ordenado el concepto de autonomía. Existe la autonomía auto-poietica, que se basa en la clausura de operación y esto confirma el siguiente contenido: el sistema sólo puede reproducir sus estructuras y sus operaciones a partir de sus propias operaciones; por tanto el sistema sólo puede reproducirse con sus propios productos. De ello hay que distinguir la clausura *cognitiva* y correspondientemente, la autonomía cognitiva. *Esto quiere decir que en todas las cogniciones el sistema coobserva que se trata tan sólo de sus propias observaciones.* Precisamente aquí nos encontramos en el terreno en el que la cibernética de segundo orden, en sentido estricto, se interesa. Allí es donde se interpone de manera universal la pregunta de quién es el que observa y esto permite también preguntar: ¿quién es el sistema observador? En lugar de interponer la pregunta por los fundamentos, pregunta que necesariamente llevaría a un regreso al infinito, se hace la pregunta por el observador. Y quien quisiera fundamentar su propia vivencia o acción, se tiene que poner como observador observante y con ello tiene que exponer la selección de distinciones que orientan su observación. ¿Pero cómo es esto posible?³⁴

Por lo que se puede ver, la pregunta que nos formulamos al inicio del ensayo pasó de ser una disyunción (la historia es o narrativa o argumentativa), para convertirse en una tensión entre dos representaciones de lo real que coexisten en la escritura de la historia que se práctica hoy, y esta coexistencia se debe a que la historiografía alcanzó su *clausura cognitiva*.³⁵ Esta clausura es la condición

³⁴ Niklas Luhmann, *La realidad de los medios de masas*, tr. de Javier Torres Nafarrate, México, UIA/Anthropos, 2000, pp. 167-8. Las cursivas son mías.

³⁵ La autopoiesis se expresa en el cierre operativo del sistema, por lo que el cierre

de posibilidad de la historia de autoobservarse, y al hacer textos de esa autoobservación, también autodescribirse. Esta segunda observación de la historiografía existió en el siglo XIX y principios del XX como una observación externa a ella misma. Tal reflexión de la ciencia de la historia se hizo desde la filosofía; buscaba los fundamentos del conocimiento histórico desde presupuestos no históricos. La historia como sistema cognitivo se encontraba en la etapa de su “cierre operativo”. El giro historiográfico expresa el momento en que la ciencia de la historia observa su observación en términos históricos. Esto significa que la historia sabe, a partir de ese momento, que es ella la que produce descripciones del pasado. De ese modo la historia como sistema alcanzó su “cierre cognitivo”. El siglo XIX invisibilizaba la unidad de la operación de observación que llevaba a cabo el conocimiento histórico, y gracias a ello evitaba las paradojas. Según la cita de Luhmann en lugar de preguntar quién observaba, continuaba interrogándose por una especie de fundamento, es decir, por algo externo a la operación misma. “Esto obliga [el giro historiográfico] a alejarse de toda metafísica ontológica y de toda apriorización. Los sistemas que incorporan la reflexión están obligados a renunciar al absoluto. Y si la ciencia descubre esta situación en su propio campo de estudio, ineludiblemente vale también para ella misma”.³⁶

¿Qué sería lo propio del modo de observar de la ciencia histórica? Dicho de otro modo, ¿qué significa observar a la historia históricamente, y no filosóficamente? Lo específico de la observación de la ciencia histórica consiste en un tipo particular de operación: resituar o reinscribir todo decir o hacer a un lugar social. Lo que permite identificar una comunicación como comunicación histórica es el presentar como improbable lo más común o evidente, esto es, sustituir la noción de naturaleza humana (lo invariante) por la

cognitivo es una segunda clausura operativa.

³⁶ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, 2ª edición, coord. de trad. de Javier Torres Nafarrate, Barcelona, Anthropos/UIA/CEJA, 1998, p. 430.

de contingencia. Pensar como improbable lo ya existente. Por lo tanto, la historia logró observarse desde sí misma (autológicamente) cuando fue capaz de remitir su quehacer a un lugar social. El historiador (el observador) apareció en lo observado cuando asumió que su práctica, y no sólo su objeto, también era histórica. Y a partir de ese momento la historia alcanzó su autonomía, no sólo operativa, sino cognitiva. Mientras una observación de segundo orden desde un sistema distinto no produce paradojas en el sistema observado, pues este último no se da cuenta de que lo que dice lo dice de manera contingente; en cambio una observación de segundo orden desde el mismo sistema, sí genera paradojas en el propio sistema. De aquí que a partir de los setenta hayan surgido para la comunidad de los historiadores el tan temido diablo del relativismo y el Belcebú del escepticismo.

La manera de vencer a esos demonios no es la de negarlos, pues la ciencia histórica, hoy, no puede ocultar el hecho de que ella sabe que lo que se dice del pasado es el resultado de su propia operación. Al contrario, esos demonios se vencen al repetir la reflexión sobre el resultado obtenido (observando la observación), y esta reiteración (o recursividad de la autoobservación) generará valores propios del sistema (la ciencia de la historia) lo suficientemente estables para alejarse del temido relativismo. “En este nivel, la teoría del conocimiento manifiesta de nuevo inseguridades específicas, pero dispone de las técnicas específicas correspondientes para resolverlas; dichas inseguridades se deben a la interacción con el objeto. Por otra parte, esto quiere decir que debe reducir las inseguridades por medio de la estimulación de su procesamiento autorreferencial”.³⁷ Pero, insisto, no hay otro recurso más que el de la autoobservación, pues ya no se puede apelar a algo externo a la operación historiográfica misma (a un pasado existente independientemente de la operación). No se cuenta más con el recurso de un fundamento último.

³⁷ *Ibid.*, p. 431.

Esta descripción de la función de las paradojas puede ser concertada con la cibernética de segundo orden y desde allí puede ser fundamentada, desde la perspectiva de la teoría del conocimiento. Siempre se tiene la posibilidad de preguntar al observador, pero esta pregunta, si se aplica a sí misma, lleva al resultado de una paradoja y, en verdad, a una paradoja inyuctiva. Lo que exige es hacer visible lo que para sí misma debe ser invisible. Se contradice a sí misma. Lo que realiza es una autocontradicción performativa y, con ello, evita el que se introduzca el dogmatismo o que se prescriban recetas.³⁸

La autoobservación nos muestra que la historia en la actualidad se mueve entre dos registros de lo real: uno, el que privilegia la reconstrucción de lo ya sucedido, el cual está más vinculada a la forma narrativa, el otro, da primacía al presente desde donde hace y escribe la historia, este tipo de historia utiliza más la forma argumentativa. Aquí lo relevante es que la historia narrativa quisiera aislar el *pasado* del presente, cuando este último es su condición de posibilidad (un lugar, unas prácticas y una escritura); y por otro lado, la historia argumentativa quisiera aislar el *presente* del pasado, cuando sus prácticas y conceptos están habitados por ese pasado que rechaza. La ciencia de la historia se hace en y desde la inestabilidad de ambos registros de lo real. Ella debe asumir que el pasado que narra sólo existe gracias a los modelos de inteligibilidad del presente (a sus propias observaciones) y, por otro lado, que los modelos de inteligibilidad se topan con la imposibilidad de dotar de sentido pleno a ese pasado. El pasado emerge, por medio de esta operación historiográfica, como el *límite* de lo inteligible para la racionalidad actual.

Hablamos de *límite* o de *diferencia* más que de *discontinuidad* (término sumamente ambiguo porque parece postular la evidencia de un corte en la realidad). Por lo tanto es necesario decir que el límite se convierte “a la vez en instrumento y objeto de investigación”.

³⁸Luhmann, *La realidad de los...*, *op. cit.*, p. 172.

Concepto operatorio de la práctica historiográfica, es el instrumento de su trabajo y el lugar del examen metodológico.³⁹

¿Cómo explicar esta relación inestable de lo real (ni sólo narración, ni sólo argumentación)?, propia de la operación historiográfica actual, entre un *pasado* (archivo y hecho histórico) que debe volverse significativo desde una racionalidad constitutiva del *presente* (el uso de modelos). Para entender este doble registro de lo real profundizaremos en los conceptos decerteauianos de “lugar de control” y “función de falsabilismo”. Ambos conceptos muestran que lo específico de la historia, en nuestra sociedad, es el trabajar sobre el límite; esto es, el descubrir el límite de nuestras formas de racionalidad (el uso de distintos tipos de modelos). Debe quedar claro que aquello que falsea la historia no son los hechos del pasado, sino los modelos constituidos en la sociedad presente. La historia como saber nos revela los límites de nuestra propia producción de sentido, esto es, la contingencia de nuestra sociedad. Este límite se descubre cuando se aplican al pasado modelos (sociológicos, económicos, políticos, culturales, etcétera) de inteligibilidad con la finalidad de volverlo pensable. Y, como desde la reflexión propia del giro historiográfico todo es histórico, los modelos, aún a pesar de intentar ser universales, contienen la sustancia espacio-temporal en que surgieron.⁴⁰ Esta sustancia contextual de su emergencia es la que se pone en tensión al aplicarla a un mundo ajeno a ella. La historia en la actualidad, a diferencia de su tarea en el siglo XIX, consiste en mostrar la contingencia del sentido a través de la utilización de construcciones formales (teorías).

Según Michel de Certeau, el pasado en el conocimiento histórico sólo se expresa, en tanto que pasado, al ser sometido a modelos:

³⁹ De Certeau, *L'écriture de l'histoire*, *op. cit.*, p. 65.

⁴⁰ “Esto ya implica una manera “histórica” de emplear los modelos sacados de otras ciencias y de situar en relación a ellos una función de la historia”. *Ibid.*, p. 112.

pero sobre todo porque las formalizaciones dan hoy nueva pertinencia al *detalle que hace excepción*. [...] Pues el “hecho”, del cual en adelante se trata, no es el que ofrece al saber observador la emergencia de una *realidad*. Combinado con un modelo construido, el hecho tiene la forma de una *diferencia*. Por lo tanto, el historiador no está situado ante la alternativa de la bolsa o la vida –la *ley* o el *hecho* (dos conceptos que en consecuencia se han borrado de la epistemología contemporánea)–. (...) Bajo estas consideraciones, aún el lugar donde el historiador se establece puede, por analogía, llevar el nombre venerable de “hecho”: el hecho, es decir, la diferencia.⁴¹

Al constituirse el hecho histórico como excepción o diferencia, sólo perceptible de esa manera desde una formalización específica (teoría o modelo), el problema epistemológico de la ciencia de la historia hoy ya no es el del siglo XIX, entre ley (causalismo-mecanicismo) y hecho (interpretación-intencionalidad). Por esto, la discusión actual no es más entre explicación nomológica-deductiva y comprensión hermenéutica-sintética, sino entre una ciencia histórica que sigue creyendo en que su tarea se reduce a reconstruir la trayectoria temporal de los hechos, y otra que asume que los hechos existen bajo la forma de diferencia o excepción, y no en tanto que realidad independiente de un modelo (racionalidad del presente y en el presente). Por un lado tenemos una historia que pretende no ver la unidad de su observación, esto es, una ciencia de la historia que no quiere aceptar su cierre cognitivo. Por el otro, la historiografía del último tercio del siglo XX, en tanto que es una historiografía de segundo orden, que se piensa a sí misma como inscrita en la historia, tiene por función hacer explícita la tensión inestable entre un modelo de inteligibilidad que surge del presente (el lugar institucional del historiador) y el límite de ese modelo cuando pretende aplicarlo al pasado. Ya no es posible para el historiador sacar “existencias” o “realidades” de los documentos o textos pasados sin asumir que

⁴¹ *Ibid.*, p. 111-2. Las cursivas son mías.

siempre está trabajando con dos registros distintos de existencia (lo real), uno el del pasado y, otro, el de su sociedad. Dicho de otra manera, la construcción de referencia (aquello que existe para una sociedad) es inmanente (autorreferencia) a la sociedad misma. La referencia es el resultado de la operación de observar. Esto crea una nueva exigencia metodológica en el trabajo historiográfico, pues aquello que es real en una sociedad, no necesariamente coincide con lo de otra sociedad. Es decir, cuando se leen los documentos se debe saber si lo que se cuenta en ellos es real o no para la sociedad que los produjo, pues los modos de predicar de lo real o existente han sido distintos a lo largo de la historia.

La realidad a la que se refiere la ciencia de la historia como sistema autorreferencial (historia de segundo orden) es “*una relación entre los límites de una operación*”.⁴² La realidad es una frontera, ya que es el resultado de la aplicación de un modelo. Con respecto al límite de lo pensable, lo particular (como distinto de lo individual) surge, en la práctica historiográfica, no como lo pensado sino como el límite de lo pensable. “Sólo es pensado lo universal. El historiador se instala en la frontera donde la ley de una inteligibilidad reencuentra su límite como lo que ella cesa de tener al ir más allá desplazándose [se refiere a la inteligibilidad], y lo que ella [inteligibilidad] cesa de encontrar bajo otras formas”.⁴³ Lo central para el historiador es mostrar aquello que le escapa, esto es, aquello que le es incomprensible. La investigación histórica actual, al situarse en los límites de lo “comprensible” (en la frontera en donde aquello que se ve más allá de ella es impensable) revela lo aún no pensado o pensable. La historia como heterología o estudio de la otredad.

La historia dejó de construir representaciones globales de la génesis de la sociedad, como en el siglo XIX, para volverse una especie de “auxiliar de las ciencias”.⁴⁴

⁴² *Ibid.*, p. 112.

⁴³ *Ibid.*, p. 117.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 113.

La historia se convierte en un “auxiliar”, según una expresión de Pierre Chaunu. Esto no quiere decir que esté “al servicio” de la economía, sino que la relación que mantiene con otras ciencias le permite ejercer, en relación con cada una de ellas, una necesaria función crítica, y le sugiere también el propósito de articular en conjunto los límites así puestos en evidencia”.⁴⁵

La función de la historia es aplicar teorías científicas actuales a mundos del pasado con el objetivo de mostrar la contingencia de estos modelos de racionalidad.

De aquí proviene su paradoja (de su función auxiliar): él [historiador] confronta las formalizaciones *científicas* que adopta para probarlas, con los objetos *no científicos* sobre los cuales realiza esta prueba. Con esto, la historia no mantiene menos la función que ha ejercido en el curso de los siglos con respecto de “razones” muy diferentes y que interesa a cada una de las ciencias constituidas: la de ser una crítica”.⁴⁶

La distinción –de Michel de Certeau- entre lo científico y lo no científico expresa la tensión entre el modelo aplicado al presente y el modelo aplicado al pasado. El pasado, en tanto que no es explicable desde el modelo, se convierte en un objeto no científico.

HACIA UNA POSIBLE CONCLUSIÓN

La historia, de los sesenta en adelante, en tanto que historia de segundo orden, está obligada –para superar los relativismos cognoscitivos- a autoobservarse en el desarrollo de su propio proceso de investigación. Ella dejó de contar con referencias ontológicas

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 114-5.

(el pasado en sí) para asegurar o validar su conocimiento. Nos queda claro que el procedimiento autorreferencial de la historia provoca inseguridades, pero éstas no se resolverán (porque ya no es posible) con reinenciones de lo absoluto. No es posible olvidar la reflexividad que ha alcanzado la historiografía actual.

Los razonamientos circulares de este tipo sirven a las teorías tradicionales del conocimiento como base para sospechar sobre la falsedad y aun sobre la arbitrariedad de las afirmaciones. Sin embargo, lo cierto es lo contrario: se imponen por la fuerza, no se les puede evitar. Se les puede agudizar como paradojas y dejarlos así, pero también se les puede integrar en la teoría de las ciencias mismas, porque contienen instrucciones precisas acerca del autocontrol.⁴⁷

Esta ciencia histórica autorreferencial (el giro historiográfico), según de Certeau, se caracteriza por tres aspectos: 1) la mutación de lo real o del sentido en el devenir temporal, 2) el “hecho histórico” aparece como límite de lo pensable, esto es, como diferencia y, 3) la composición de un lugar (en el presente) que muestra la figuración ambivalente del pasado y del futuro.⁴⁸

Michel de Certeau considera las variaciones o desviaciones de sentido que genera el conocimiento histórico como el gran cambio, en la escritura de la historia, del siglo XIX a la década de los sesenta del siglo XX. En el siglo XIX, la historia “restauraba lo *Mismo* por su común relación a una *evolución*. Por lo tanto, ella rechazaba estas discontinuidades al recorrerlas como las figuras sucesivas o coexistentes de un mismo *sentido* (es decir de una orientación) y al presentarlas, en un texto más o menos teleológico, como la unidad interior de una dirección o de un devenir”.⁴⁹ En cambio, la historiografía actual

⁴⁷Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para...*, op. cit., p. 427.

⁴⁸Cfr. De Certeau, *L'écriture de l'histoire*, op. cit., p. 115.

⁴⁹*Ibid.*, p. 116.

se valora más bien por su capacidad de medir exactamente las *variaciones* –no solamente cuantitativas (curvas de población, de salarios o de publicaciones) sino cualitativas (diferencias estructurales)- gracias a construcciones formales hechas en el presente. En otras palabras, la historiografía actual alcanza como conclusión lo que era la forma del *incipit* en los relatos históricos antiguos: *Antes las cosas no eran como hoy*.⁵⁰

El resultado de la investigación histórica es la negación como diferencia, esto es, “eso no era como es hoy”. El historiador produce negaciones con sentido, pues la historia consiste en decir “eso no es”.

El discurso histórico reflexivo trabaja con o en el límite de lo pensable, pues lo particular surge, en la práctica historiográfica, no como lo pensado sino como el límite de lo pensable. Lo central para el historiador es mostrar aquello que le escapa, esto es, aquello que le es incomprendible. La investigación histórica actual, al situarse en los límites de lo comprensible (en la frontera en donde aquello que se ve más allá de ella es impensable) revela el afuera de nuestra sociedad. Ella es un mecanismo de control de nuestras formas de racionalidad.

El discurso histórico, en nuestro tiempo, es la composición de un lugar que instituye en el presente la ambivalencia del pasado y el futuro. La historia se refiere al pasado para crear una distancia con respecto al presente, para verlo mejor. Figurativamente casi podríamos decir observarlo desde fuera de él. El pasado es el medio para observar la unidad de una diferencia. “La operación histórica consiste en dividir lo dado según una ley presente que se distingue de su “otro” (pasado), en tomar distancia en relación a una situación aprendida y de este modo marcar con un discurso el cambio real que permitió esta distanciaci3n”.⁵¹

La historia es ambivalente, pues al mismo tiempo que construye un lugar al pasado crea uno para el futuro. La sociedad actual,


⁵⁰ *Idem*.

⁵¹ *Ibid.*, p. 118.

sólo ve su futuro, lo que está delante del presente, al reorganizar su pasado. La historia muestra algo que le falta al presente, por ello oscila entre el conservadurismo y el utopismo, ya que eso que falta puede ser referido a ese pasado reconstruido (nostalgia) o al futuro imaginado (esperanza). Con esto, podemos concluir con de Certeau que la tarea central de la historia, en la actualidad, es la de “simbolizar el límite”, para con ello hacer posible su superación.

La ciencia de la historia, en su fase del giro historiográfico, está obligada a trabajar generando distancia (con respecto al presente, a la periodización, a los conceptos que usa, etcétera). Y ésta se genera por medio de la observación de segundo orden, pues gracias a ella se puede observar la unidad de la distinción (conocimiento-objeto). Este tipo de historia sólo es posible cuando se historiza a sí misma, por ello la narración sólo permanece en el discurso histórico de hoy como reflexión de ella misma, esto es, como narración que se sabe narración. Este tipo de narración sólo es posible como algo más que narración. Dicho de otra manera, es una narración que construye una teoría reflexiva de sí misma. Como dice Benjamin, ¿no estaremos –desde hace algún tiempo– más allá de la verdad épica de la narrativa?

Para dejar abierta la pregunta de este ensayo, quisieramos concluir con el siguiente texto de Michel de Certeau:

La historia se desarrolla, pues, allí, en esas fronteras donde una sociedad se une con su pasado y con el acto que la distingue de él; en las líneas que trazan la figura de una actualidad al separarla de su *otro*, pero que borran o modifican continuamente el retorno al “pasado”. Como en la pintura de Miró, el rasgo que dibuja las diferencias con contornos precisos y hace posible una escritura (un discurso y una “historización”) se ve atravesado por un movimiento contrario. Hay vibración de límites. La relación que organiza la historia es una correlación cambiante en la cual ninguno de sus dos términos es el referente estable.⁵² 

⁵² *Ibid.*, pp. 60-1.